

hoy el tema épico de la penitencia de D. Rodrigo continúa vivo en la tradición popular, como lo prueban los romances que se han recogido en Asturias. Aquella *trufa* o *mentira paladina*, no sólo penetró en la imaginación del vulgo, sino que arrastró a egregios historiadores, en quienes pudo más el amor a lo maravilloso que la severidad crítica. El P. Mariana, que escribía la historia como artista y cuidaba más del gran estilo que de la puntualidad histórica, manifestó ciertas dudas sobre el palacio encantado de Toledo («algunos tienen todo esto por fábula, por invención y patraña; nos ni lo aprobamos por verdadera ni la desechamos como falsa»); pero no tuvo reparo en valerse, para su elegantísima narración de los amores de la Cava, del libro apócrifo de Pedro del Corral, dándonos, como él, aunque en locución muy diversa, el texto de la carta en que la triste heroína notificó a su padre la deshonra (1).

Pero antes de expirar la misma centuria décimasexta, la *Crónica de D. Rodrigo*, que comenzaba a parecer arcaica en el lenguaje y participaba tanto del género ya desprestigiado de los libros de caballerías, fué indignamente suplantada por un inepto falsificador que trató de sustituir aquella leyenda con otra de más pretensiones históricas y más acomodada al gusto de la época. Esta nueva ficción tuvo un carácter de mala fe y de impudencia que no había tenido la primera. Un morisco de Granada, llamado Miguel de Luna, intérprete oficial de lengua árabe (lo cual agrava su culpa, a la vez que da indicio de la postración en que habían caído los estudios orientales en España), hombre avezado a este género de fraudes, y de quien se sospecha por vehementes indicios que tuvo parte en la invención de los libros plúmbeos del Sacro Monte (2), fingió haber descubierto en la biblioteca del Escorial una que llamó *Historia verdadera del rey D. Rodrigo y de la pérdida de España...* «compuesta por el sabio alcayde Abulcacim Tarif Abentarique, natural de la ciudad de Almedina en la Arabia Petrea» (3), y publicó esta supuesta traducción, haciendo alarde de sacar al margen algunos vocablos árabigos para mayor testimonio de su fidelidad. Este libro, disparatado e insulso, que como novela está a cien leguas de la *Crónica Sarracina*, cuanto más de las deliciosas *Guerras de Granada*, que quizá el autor se propuso remedar, logró, sin embargo, una celebridad escandalosa, teniéndole muchos por verdadera historia y utilizándole otros como fuente poética. De Luna procede el nombre de *Florinda*, no oído

(1) No para aquí el epistolario de la Cava, que se convirtió en un tema retórico:  
Cartas escribe la Cava,  
La Cava las escribía...

es principio de un romance antiguo. Miguel de Luna hilvanó otra carta; otra distinta de todas las anteriores trae Saavedra Fajardo en su *Corona gótica*, y finalmente, hay una en verso del coronel D. José Cadalso, en el estilo de las *Heroidas* de Ovidio.

(2) Vid. Godoy Alcántara, *Historia Crítica de los falsos cronicones* (Madrid, 1867), pág. 97 y ss. El libro de Miguel de Luna está allí perfectamente caracterizado.

Los *Plomos de Granada*, escritos en lengua árabe, son composiciones fantásticas análogas en gran manera a los libros apócrifos de los primeros siglos cristianos; pero forjados con un fin de proselitismo religioso, y no con miras literarias, salen fuera del cuadro que voy bosquejando, y por otra parte nada podría añadir yo al admirable estudio que de ellos hizo el malogrado Godoy Alcántara en su obra citada.

(3) *La verdadera hystoria del rey Don Rodrigo, en la qual se trata la causa principal de la pérdida de España y la conquista que della hizo Miramamolín Almanzor, Rey que fue del Africa y de las Arabias. Compuesta por el sabio Alcayde Abulcacim Tarif Abentarique, de nacion arabe, y natural de la Arabia Petrea. Nuevamente traduzida de la lengua arabiga por Miguel de Luna, vecino de Granada, e interprete del rey don Phelippe nuestro señor. Impresa por René Rabut: año de 1592.* 4.º

Hay, por lo menos, nueve ediciones de este libro, que todavía es muy vulgar en España. Casi todos los catálogos de libros antiguos empiezan por él.

hasta entonces en España, y nada gótico ni musulmán tampoco, sino aprendido en algún poema italiano. De Luna, la carta alegórica y poco limpia en que *Florinda* da a entender a su padre la desgracia que la había acontecido con el Rey; carta que versificó Lope de Vega en su comedia *El Ultimo Godo*, basada enteramente en este libro apócrifo. Luna estropea todas las invenciones de Pedro del Corral: convierte, por ejemplo, al ermitaño en un simple pastor o villano, cuyo encuentro con don Rodrigo conduce sólo a un cambio de trajes. En lo único que lleva ventaja poética a su modelo es en el género de muerte que da a la Cava: Pedro del Corral la hacía morir prosaicamente de la gangrena producida por una espina de pescado que se la clavó en la mano derecha, estando en Ceuta. Miguel de Luna, aprovechando cierta tradición malagueña, indicada ya por Ambrosio de Morales, hace que *Florinda* ponga fin a sus días arrojándose de una torre de aquella ciudad.

Ambas novelas, la de Corral y la de Luna, han servido de guía a insignes autores modernos. Walter Scott, para su poemita *The Vision of Don Roderick* (1811), consultó al supuesto Abentarique. A éste también, y a Pedro del Corral, a quien equivocadamente llama Rasis, sigue Washington Irving en sus *Legends of the conquest of Spain* (1826); pero a todos superó Roberto Southey, autor de *Roderick the last of the Goths*, poema en verso suelto y en veinticinco cantos, publicado en 1815. Era Southey persona doctísima en nuestra literatura e historia, como lo acreditan varias obras suyas, entre ellas sus *Cartas sobre España* (1797), sus refundiciones del *Amadís de Gaula* y del *Palmerín de Inglaterra*, su *Crónica del Cid* (1808) y su *Historia de la guerra de la Península* (1823). Se preparó, pues, concienzudamente para su tarea del modo que lo indican las notas de su poema, donde están apuntadas casi todas las fuentes, aun las menos vulgares, así históricas como fabulosas. Poseedor de una colección de libros españoles que debía de ser muy rica, a juzgar por las muestras, procuró aprovecharlos para dar color a su obra y llenarla de mil curiosidades históricas y geográficas. Pero el principal fundamento de su poema fué, sin duda, la *Crónica del Rey D. Rodrigo*, que mejoró y embelleció en gran manera con invenciones poéticas dignas de la mayor alabanza. En vez de la desatinada y grosera penitencia que Pedro del Corral y los romances atribuyen a don Rodrigo, el héroe de Southey, después de cerrar los ojos al monje Romano que le había acogido en su ermita, y vivir en soledad un año entero, macerando su cuerpo y purificando su espíritu, toma sobre sí la grande y desinteresada empresa de contribuir a la restauración de la monarquía visigótica en provecho ajeno; busca y encuentra en Pelayo al héroe providencial que había de dar cima a la empresa, hace a su lado prodigios de valor en la batalla de Covadonga y desaparece después del triunfo, reconociéndole tardíamente los cristianos por sus armas y caballo. En esta obra de cristiana y generosa poesía, la regeneración moral no alcanza solamente a don Rodrigo, sino al mismo conde don Julián y a su hija, que mueren en una iglesia de Cangas, perdonando a don Rodrigo y recibiendo su perdón (1). El poema de Southey es seguramente el mejor de los que se han dedicado a este argumento de nuestra historia (2).

El camino abierto de tan notable manera a los ingenios españoles por Pedro del Corral no tuvo por de pronto quien le siguiese. La *Crónica de D. Rodrigo* es la única

(1) *Roderick, the last of the goths. By Robert Southey, Esq. Poet Laureate and Member of the Royal Spanish Academie... London, 1815, printed for Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown 1815.* 2 vols.

(2) Nuestro Zorrilla concentró enérgicamente algunos de los mejores rasgos del poema de Southey en sus dos tan populares cuadros dramáticos *El puñal del Godo* y *La Calentura*.

novela histórica de la Península en el siglo xv. Hubo, no obstante, algunos libros de caballerías, traducidos del francés, donde predomina en gran manera el elemento histórico sobre el novelesco (1). Tal sucede con la *Historia de la doncella de Francia y de sus grandes hechos: sacados de la chronica Real por un cavallero discreto embiado por embaxador de Castilla en Francia por los reyes Fernando e Isabel a quien la presente se dirige* (2), que es una crónica anovelada de Juana de Arco; y tal con la *Cronica llamada el triumpho de los nueve preciados de la fama, en la qual se contienen las vidas de cada uno, y los excelentes hechos en armas y proezas que cada uno hizo en su vida grandes, con la vida del muy famoso cavallero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y duque de Molina; nuevamente trasladada de lenguaje frances en nuestro vulgar castellano, por el honorable varon Antonio Rodriguez Portugal, principal rey de armas del rey nuestro señor*. El traductor, que era portugués, publicó su obra en Lisboa, 1530, siendo retocado el estilo en posteriores ediciones por el humanista maestro de Cervantes Juan López de Hoyos «ajustando los vocablos de ella al uso presente y policia cortesana», porque tenía «la lengua barbarica y sin stylo y en algunas impropiedades muy licenciosa». Los nueve de la Fama son Josué, David, Judas Macabeo, Alejandro, Héctor, Julio César, el rey Artús, Carlo Magno, y Godofredo de Bullón, a cuyas biografías se añade la de Duguesclin por complemento, extraño consorcio de historia sagrada y profana, mitología y caballería andantesca. Es traducción de una obra francesa anónima dedicada al rey Carlos VIII e impresa en 1487 (3).

Pocas, pero muy notables, manifestaciones tiene la novela histórica en el gran cuadro literario del siglo xvi. Apenas me atrevo a contar entre ellas el *Marco Aurelio* de Fr. Antonio de Guevara, porque aun siendo fabulosa la mayor parte de su contenido, carece de verdadera acción novelesca. Predomina en este famoso libro la intención didáctica, y la forma no es narrativa, sino completamente oratoria, tanto en los razonamientos como en las cartas. En ser un doctrinal de príncipes con estilo retórico y ameno se parece a la *Cyropedia* de Xenofonte, que seguramente había leído Guevara en la traducción latina de Francisco Philelpho, impresa ya en 1474 (4).

Aunque la singular fisonomía de Xenofonte, a un tiempo filósofo socrático y jefe de

(1) Al mismo género puede reducirse una obra muy rara, original y de asunto clásico: *La fundacion y destruccion de la ciudad de Monuedro antiguamente llamada Sagunto. Con la vida y historia del fuerte cavallero Anibal, emperador de Africa. Ay mas la fundacion de Roma y la fundacion de Cartago llamado Tunez, y la fundacion de la torre de Babilonia*. (Colofón): Fue emprendida la presente obra en la metropolitana Ciudad de Valencia por Torje Costilla impressor de libros acabose a xiiij Dias del mes de dexiembre. Año de Mill y Quinientos y veinte años.

Posee un ejemplar de este rarísimo libro mi amigo D. José E. Serrano Morales en su selecta biblioteca de Valencia.

(2) Tuvo, por lo menos, tres ediciones: Sevilla, por Juan Cromberger, 1531; Burgos, por Felipe de Junta, 1557; Burgos, 1562, todas en 4.º, y de letra de tortis. El difunto conde de Puymaigre escribió un artículo sobre las fuentes de esta *Crónica*, pero no puedo encontrarle en este momento, ni siquiera recordar el título de la revista o colección en que se publicó.

(3) *Cy sine le liure intitulé le triumphe des neuf preux, ouquel sont contenus tous les fais et proesses quilz ont achevez durant leur's vies, avec l'histoire de bertron de guesclin. Et a esté imprimé en la ville d'abbueille par Pierre garard, et finy le penultieme iour de may lan mil quatre ces quatre vingt et sept* (Brunet).

Es libro raro y precioso, y no menos la primera edición castellana, impresa en Lisboa, por German Gallarde, a costa de Luis Rodríguez, librero del rey... acabose a XXVj de junio del año de la saluacion de mil quinientos y treynta años.

Fué reimpresso en Valencia, por Juan Navarro, 1552; en Alcalá de Henares, 1585 (corregido por el maestro López de Hoyos), y en Barcelona, por Pedro Malo, a costa de Ricardo Simón, 1586.

(4) La cita expresamente y con gran encarecimiento en el prólogo general del *Relox de Principes*.

bandas mercenarias, no se haya reproducido totalmente en ningún escritor de los que han florecido fuera de las extrañas condiciones históricas en que tal tipo fué posible, todavía es de los autores clásicos que parcialmente han influido más en la cultura de los pueblos modernos. A ello han contribuido la forma popular y accesible de sus obras, lo interesante, simpático y a veces familiar de sus asuntos, la candorosa nobleza de su estilo, aquella templada y suave armonía de cualidades que hacen de él uno de los dechados más perfectos de la urbanidad ática en su mejor tiempo, por lo mismo que en ciertas condiciones superiores, todavía más humanas que griegas, cede a Platón y a tantos otros. La mediana elevación de su pensamiento, el buen sentido constante, la honradez benévola pero no exenta de cálculo, unidas a cierto grado de elevación moral y de sinceridad religiosa, hacen sobremanera deleitables sus enseñanzas, vertidas en una forma que es un prodigio de naturalidad elegante y graciosa.

No tiene la *Cyropedia* la deliciosa sencillez de la *Anabasis* (dechado de narraciones militares), cuyo estilo fluye con la limpieza de un arroyo transparente. Es obra mucho más retórica, y pertenece a un género híbrido de historia y de novela. Los antiguos la consideraron siempre como historia ficticia (1), y sólo en tiempos sin crítica se la pudo estimar como documento fehaciente. Entre las novelas es la más antigua de las pedagógico-políticas, y aunque escrita por un ciudadano ateniense, rebosa de espíritu monárquico. Enfrente del ideal de perfecta república comunista soñado por Platón y de sus poéticos ensueños sobre las tierras atlánticas, el espíritu aristocrático de Xenofonte se complace en trazar el ideal del príncipe perfecto, mezclando reminiscencias de Persia y de Lacedemonia. Algunos admirables trozos, como la dulcísima historia de Abradato y Panthea, o el testamento de Cyro, apenas bastan para compensar la fatiga con que se leen los innumerables razonamientos e instrucciones políticas y morales que llenan lo restante del libro. Tal como es, en él comienza un género muy cultivado en las literaturas modernas, y cuyo más antiguo ejemplar pertenece a la nuestra del Renacimiento.

El *Libro llamado Relox de Principes*, más generalmente conocido por *Libro Aureo del emperador Marco Aurelio*, aunque no fué impreso con anuencia de su autor hasta 1529 (2), era muy conocido antes en copias manuscritas, y había tenido varias ediciones fraudulentas, siendo además usurpados por impudentes plagiarios algunos de sus mejores fragmentos, de todo lo cual se queja amargamente en su prólogo el ingeniosísimo cronista y predicador de Carlos V, que era entonces obispo electo de Guadix y luego lo fué de

(1) Cicerón lo dice expresamente: «Cyrus ille a Xenophonte non ad historiae fidem scriptus, sed ad effigiem justí imperii, cuius summa gravitas ab illo philosopho cum singulari comitate conjungitur (Epistolar. ad Quintum fratrem, I, I, 8).

(2) *Libro llamado Relox de Principes en el qual va encorporado el muy famoso libro de Marco Aurelio: auctor del un libro y del otro que es el muy reverendo padre fray Antonio de Guevara preo dicador y cronista de su magestad: y agora nuevamente electo en Obispo de Guadix: el auctor avisa al lector que lea primero los prologos si quiere entender los libros. Con preuilegio imperial para los reynos de Castilla y otro privilegio para la corona de aragon.*

(Al fin): *Aquí se acaba el libro llamado relou de principes y marco aurelio: libro ciertamente muy prouechoso: y por muy alto estilo escripto: y que salva pace en la lengua castellana podemos con verdad dexir que es unico: bien parece el auctor aver en él consumido mucho tiempo pues nos le dio tan corregido: roguemos a dios todos por su vida: pues es de nuestra nacion española: para que siempre vaya adelante con su doctrina. Acabose en la muy noble villa de Valladolid: por maestre Nicolas tierri impresor de libros. A ocho dias de abril de mil y quinientos y veynte y nueve años.*

Fol. gót. 6 hs. prels. sin foliar, 14 de prólogo, 309 de texto y una en blanco.

La edición de 1532, Barcelona, por Carlos Amorós, lleva añadidos «nueve cartas y siete capítulos, no de menor estilo y altas sentencias que todo lo en él contenido». Los capítulos añadidos (entre los cuales figuran las epístolas amatorias de Marco Aurelio) son los que van del 58 al 73 del libro III.

Es de presumir que contenga las mismas adiciones el *Libro Aureo de Marco Aurelio Empe-*

Mondoñedo (1). La aparición de este su primer libro fué uno de los grandes acontecimientos literarios de aquella corte y de aquel siglo, tanto en España como en toda Europa. Fué tan leído como el *Amadís de Gaula* y la *Celestina*, y es cuanto puede encarecerse. Se multiplicaron sus ediciones en latín, en italiano, en francés, en inglés, en alemán, en holandés, en danés, en húngaro, en casi todas las lenguas vulgares de Europa, y todavía en el siglo XVIII hubo quien le tradujese al armenio. Tuvo panegiristas excelsos y encarnizados detractores. Fué la biblia y el oráculo de los cortesanos, y el escándalo de los eruditos. Hoy yace en el olvido más profundo. En realidad, ni una cosa ni otra merecía. El *Marco Aurelio* no es la mejor obra de Guevara: vale mucho menos que sus epístolas tan graciosas y tan embusteras, según frase del P. Isla; vale menos que sus tratados cortos de moral mundana, como el *Menosprecio de la corte* y el *Aviso de privados*. Pero Guevara es un escritor de primer orden, uno de los grandes prosistas anteriores a Cervantes, y no hay rasgo de su pluma que no merezca atención, cuanto más este libro que era el predilecto suyo, el que trabajó con más esmero y el que más ruido hizo entre sus contemporáneos.

¿Influyó algo en esto el que se le tuviese por historia verdadera del emperador Marco Aurelio y por epístolas auténticas de aquel emperador las que contiene? Creemos que no. La ficción era demasiado transparente para que nadie de mediano juicio cayese en engaño. Ya antes de imprimirse el *Relox de principes*, negaban muchos la autenticidad de tales cartas; y la parte del prefacio en que Guevara les contesta, alegando el

*rador, eloquentissimo orador*, impreso en Venecia por Juan Bautista Pedrezano, en 1532 (según creemos, con asistencia del corrector Francisco Delicado) «por importunacion de muy muchos señores a quien la obra y estilo y lengua romance castellana muy mucho aplaze: correcto de las letras que trocadas estaban». A lo menos, en el frontis se dice que contiene «muchas cosas hasta aquí en ningún otro impresas».

Son muy numerosas las ediciones posteriores a éstas, pero no tienen estimación bibliográfica. (1) «Yo comence a entender en esta obra el año de mil y quinientos y diez y ocho, y hasta el año de veynte y quatro ninguno alcanzó en qué yo estava ocupado: luego el siguiente año de veynte y quatro, como el libro que tenia yo muy secreto, estoviesse divulgado, estando su Magestad (Carlos V) malo de la quartana, me le pidió para pasar tiempo y aliviar su calentura. Yo serví a su Magestad estonces con Marco Aurelio: el qual aun no le tenia acabado ni corregido, y supliqué humildemente que no pidia otra merced en pago de mi trabajo, sino que a ninguno diesse lugar que en su real camara trasladasse el libro, porque en tanto que yo yva adelante con la obra, y que no era mi fin de publicarla de la manera que estonces estava, si otra cosa fuesse, su Magestad sería muy deservido y yo perjudicado. Mis pecados que lo uvieron de hacer: el libro fue hurtado y por manos de diversas personas traydo y trasladado, y como unos a otros le hurtavan y por manos de pajes le escrevian, como cada día crecian en él más la faltas, y no avia más de un original por do corregirlas. Es verdad que me trugeron algunos a corregir: que si supieran hablar, ellos se quexasen más de los que los escrivieron, que no yo de los que le hurtaron. Añadiendo horror sobre horror, ya que yo andava al cabo de mi obra y queria publicarla, remanesce *Marco Aurelio impreso en Seuilla*, y en este caso yo pongo por juezes a los lectores entre mí y los impresores, para que vean si cabia en ley ni justicia un libro que estava a la imperial majestad dedicado, era el auctor niño, estava imperfecto, no venia corregido, que osase ninguno imprimirlo ni publicarlo. No parando en esto el negocio imprimieronse otra vez en Portugal y luego en los reynos de Aragon, y si fue viciosa la imprission primera no por cierto lo fueron menos la segunda y tercera; por manera que lo que se escreve para el bien comun de la republica, cada uno lo quiere aplicar en provecho de su casa. Otra cosa aconteció con Marco Aurelio, la cual he verguença de la dezir, pero más la habrán de tener los que la osaron hazer, y es que algunos se hazian auctores de la obra toda, otros en sus escripturas enxerian parte della como suya propia: lo cual parece en un libro impreso do el auctor puso la plática del villano, y en otro libro tambien impreso puso otro la habla que hizo Marco Aurelio a Faustina, quando le pidió la llave. Pues estos ladrones han venido a mi noticia, bien pienso yo que se deve aver hurtado más hazienda de mi casa. En esto veran que Marco Aurelio no estava corregido, pues agora se le damos muy castigado. En esto veran que no estava acabado, pues agora sale perfecto. En esto veran que le faltava mucho, pues agora le veran añadido...» (Fol. XIII de la edición de Valladolid).

testimonio del códice que le habían traído de Florencia, está escrita en tono de burlas, y sirve para confirmar lo mismo que niega: «Muchos se espantan en oír dotrina de Marco Aurelio, diziendo que cómo ha estado oculta hasta este tiempo, y que yo de mi cabeza la he inventado... Los que dizen que yo solo compuse esta dotrina, por cierto yo les agradezco lo que dizen, aunque no la intención con que lo dizen, porque a ser verdad que tantas y tan graves sentencias haya yo puesto de mi cabeza, una famosa estatua me pusieran los antiguos en Roma. Vemos en nuestros tiempos lo que nunca vimos, oimos lo que nunca oimos, experimentamos un nuevo mundo, y por otra parte maravillámonos que de nuevo se halle ahora un libro». Y como si no bastase el hallazgo del códice Florentino, nos anuncia a continuación otro no menos prodigioso que le habían enviado de Colonia: el de los diez libros de *Bello Cantabrico*, escritos nada menos que por el emperador Augusto; y añade con sorna: «Si por acaso tomasse trabajo de traducir aquel libro, como *son pocos los que le han visto*, también dirian dél lo que dizen de Marco Aurelio».

Todos los libros profanos de Fr. Antonio de Guevara, sin excepción alguna, están llenos de citas falsas, de autores imaginarios, de personajes fabulosos, de leyes apócrifas, de anécdotas de pura invención, y de embrollos cronológicos y geográficos que pasman y confunden. Aun la poca verdad que contienen está entretejida de tal modo con la mentira que cuesta trabajo discernirla. Tenía, sin duda, el ingeniosísimo fraile una vasta y confusa lectura de todos los autores latinos y de los griegos que hasta entonces se habían traducido, y todo ello lo baraja con las invenciones de su propia fantasía, que era tan viva, ardiente y amena. Lo que no sabe, lo inventa; lo que encuentra incompleto, lo suple, y es capaz de relatarnos las conversaciones de las tres famosas cortesanas griegas Lamia, Laida y Flora, como si las hubiese conocido.

Todo esto en un historiador formal sería intolerable, pero ¿por ventura lo era fray Antonio de Guevara? No creemos que nadie le tuviese por tal, a pesar de su título de crónista del César. El no se recataba de profesar el más absoluto pirronismo histórico, y cuando uno de los mejores humanistas de su tiempo, el Bachiller Pedro de Rhua, profesor de letras humanas en la ciudad de Soria, emprendió, quizá con más gravedad y magisterio de lo que el caso requería, pero con selecta erudición, con crítica acendrada y a veces con fina y penetrante ironía, poner de manifiesto algunos de los infinitos yerros y falsedades históricas que las obras de Guevara contienen, el buen Obispo le contestó con el mayor desenfado que no hacía hincapié en historias gentiles y profanas, salvo para tomar en ellas un rato de pasatiempo, y que fuera de las divinas letras no afirmaba ni negaba cosa alguna. La réplica del Bachiller Rhua es una elocuente y admirable lección de crítica histórica, pero Guevara no estaba en disposición de recibirla. Le faltaba el respeto a la santa verdad de las cosas pasadas, y a los oráculos de la venerable antigüedad. Pero tampoco era un falsario de profesión como los Higuera y Lupianes del siglo XVII, sino un moralista agridulce que buscaba en la historia real o inventada adorno o pretexto para sus disertaciones, donde lo de menos era la erudición y lo principal la experiencia del mundo, un satírico, entre mordaz y benévolo, de las flaquezas cortesanas; y sobre todo un original artífice de estilo, creador de una forma brillante y lozana, culta y espléndida, cuyo agrado no podemos menos de sentir, aun teniendo que declararla muchas veces viciosa y amanerada.

Claro es que la profesión religiosa y la dignidad episcopal del agudo autor montañés (1) no se compadecían muy bien con tan desenvuelta y extravagante manera de

(1) La patria de Guevara consta de una manera explícita en su letra al abad de San Pedro

Incansable cultivador de la literatura apócrifa, va entretejiendo Guevara en los interminables capítulos del *Relox de Principes* otra porción de piezas tan legítimas como las de Marco Aurelio: un razonamiento que el filósofo Bruxilo (?) hizo sobre la idolatría, al tiempo de morir (tomado, nos dice con mucha seriedad, de «Pharamasco, lib. XX *De libertate Deorum*», autor nunca visto por nadie); sentenciosas cartas de Cornelia, la madre de los Gracos; supuestas leyes de los Perinenses, de los Rodios, de los Garamantas, y lo que es más grave, un concilio apócrifo de Hipona; cuanto la fantasía más novelera y desenfrenada puede zurcir y barajar. Pero si se examina despacio cada capítulo, se ve que no todo está inventado ni con mucho. La trágica historia de Camma y Sinoris, por ejemplo, está tomada de Plutarco (*de mulierum virtutibus*), cuyos apotegmas y tratados morales parecen haber sido la principal fuente de la doctrina de Guevara. Para las anécdotas de los filósofos se valió de Diógenes Laercio, y quizá todavía más de la vieja compilación de Gualtero Burley *De vita et moribus philosophorum*, traducida antiguamente al castellano con el título de *Crónica de las fazañas de los filósofos*. Conocía también las cartas apócrifas de Pitágoras de Anacarsis, del tirano Falaris y otras tales, que pasaron por auténticas hasta los días de Ricardo Bentley, y realmente el libro de Guevara recuerda algo las biografías fabulosas que componían los sofistas griegos de la decadencia, por ejemplo, la que Filostrato hizo de Apolonio de Tiana.

El parentesco del *Marco Aurelio* con la *Cyropedia* está en la concepción general más que en los pormenores. No se percibe imitación directa fuera de los capítulos L a LVII del libro III, donde se contienen las pláticas que Marco Aurelio poco antes de morir hizo a su secretario Panucio y a su hijo Commodo, y los consejos que dió a este último para la gobernación de su reino. La obra de Guevara, como la de Xenofonte, vale principalmente por los episodios: allí el de Pantea y Abradato; aquí el famoso de *El villano del Danubio* (cap. III, IV y X del libro III), que dió asunto a una comedia de nuestro antiguo teatro (1) y a una de las más bellas fábulas de Lafontaine. No hay razón alguna para negar a nuestro Fr. Antonio la total invención de este episodio, que Carlos Nodier, con alguna hipérbole, declara «perfectamente antiguo y del estilo más admirable (2)». El estilo es el del obispo de Mondoñedo, con sus buenas cualidades y sus defectos, tan pomposo y exuberante como siempre, pero con mucho calor y valentía en algunos trozos, con cierta especie de elocuencia tribunicia, revolucionaria y tempestuosa. El discurso que se supone pronunciado por el rústico de Germania ante el Senado romano es una ardiente declamación contra la esclavitud y una reivindicación enérgica de los

me sacaron de seso y me hicieron hacer lo que yo no quería ni debía. Siendo como yo era en sangre limpio, en profesion teologo, en hábito religioso y en condicion cortesano, bien excusado fuera en mí tomar oficio de enamorado, es á saber, en pararme a escribir aquellas vanidades o aquellas liviandades; por lo cual, yo pecador, digo mi culpa, y mi gravissima culpa, pues ofendia a mi gravedad y aun a mi honestidad. Muchos señores y aun señoras se paran a lisongearme y alabarme del alto estilo en que traduje aquellas cartas y de las razones tan delicadas y enamoradas que puse en ellas; y mejor salud les dé Dios, que yo tome dello gloria ni aun vanagloria; porque así me afrento cuando me hablan en aquella materia, como si me echasen una pulla. Si por traducir yo aquellas cartas amorosas, y haber puesto en ellas razones tan vivas y requebradas, algun enamorado o alguna enamorada han pecado, *cegitations, delectatione, consensu, visu, verbo et opere*, otra y otras mil veces pido a Dios perdon de lo en que le ofendi y del mal ejemplo que de mí di.

(1) *El Villano del Danubio* de D. Juan de la Hoz y Mota. Pone en verso, abreviándole mucho, el discurso del rústico en el Senado.

(2) *Mélanges tirés d'une petite bibliothèque*, p. 162.

A. Chassang (*Histoire du roman dans l'antiquité grecque et latine*, p. 464) aventura la temeraria conjetura de que el *Marco Aurelio* de Guevara puede ser la última refundición de alguna novela filosófica de la antigüedad, en el género de la *Vida de Apolonio de Tiana*.

derechos naturales de la humanidad hollados por el despotismo de la conquista. El sentido político y social de este trozo prueba la franca libertad con que se escribía en tiempos de Carlos V. La indignación del autor contra la tiranía y los malos jueces parece sincera, a pesar del énfasis retórico y nada rústico con que el villano expresa sus audaces pensamientos.

Tiene el obispo Guevara dos estilos, ambos muy distantes de la elegancia ática y de la perfecta transparencia del estilo de Xenofonte. Uno el que podemos llamar triunfal y de aparato, y es el que suele reservar para los discursos. Otro es la prosa de las cartas (sin excluir algunas de las que atribuyó a Marco Aurelio), aguda y sabrosísima, pero cargada de picantes especias, de antítesis, paranomasias, retruécanos y palabras rimadas, que indican un gusto poco seguro y algo pueril, un clasicismo a medias (1). Con todo eso, hay mucho que aprender en sus obras, si se leen con cautela y discernimiento, y el mismo Cervantes, que parece burlarse de él en el prólogo del *Quijote*, las tenía muy estudiadas, y no se desdeñaba de imitarlas en sus digresiones morales, como lo indica, entre otros ejemplos, el razonamiento sobre la edad de oro, que está enteramente en la manera retórica de fray Antonio, y recuerda otro análogo del libro I, capítulo xxxi, del *Marco Aurelio*. Curioso motivo de comparación con el *Emilio* de Rousseau ofrecen también los capítulos xviii y xix del libro II, «que las princesas y grandes señoras, pues Dios les dio hijos, no deben desdeñarse criarlos a sus pechos». El mismo Rousseau, declamando sobre las excelencias de la vida salvaje y contra la desigualdad de las condiciones humanas, era una especie de *villano del Danubio* redivivo y acomodado al gusto del siglo xviii.

Según el hijo de Casaubon afirmaba, ningún libro fuera de la Biblia tuvo en su tiempo tanta difusión como el *Marco Aurelio* (2). El marqués de Pescara galardonó al autor

(1) Extractos bien escogidos del *Relox de Principes* hay en el tomo II del *Teatro de la elocuencia castellana* de Capmany. También D. Adolfo de Castro, en el tomo de *Filósofos* de la biblioteca de Rivadeneira, donde no tenía para qué figurar Guevara, que es un moralista práctico sin filosofía de ningún género, pone algunos de los mejores trozos del *Marco Aurelio*, entre ellos la arenga del villano del Danubio y el largo razonamiento del emperador a su mujer Faustina, que le pedía la llave de su estudio.

(2) La bibliografía, aun incompleta, de sus traducciones ocuparía sin provecho largo espacio en estas páginas. Indicaremos sólo las principales y más antiguas en cada lengua:

—*Livre doré de Marc Aurele, empereur et eloquent orateur, traduit du vulgaire castillan en francoys par R. B.* (René Bertaut). Paris, Galliot du Pre, 1531.

—*L'orloge des princes...* Paris, 1540. (Es la traducción del señor de la Grise, pero revisada y completada por Antonio du Moulin, con presencia del original español).

—*L'horloge des princes... traduit en partie de castillan en francois par feu Nicolas d'Herberay (sieur des Essars) et en partie reueu et corrigé nouvellement entre les precedentes editions*, Paris, por Guillaume le Noir, 1555. La parte traducida por Herberay des Essars es el libro primero; los otros dos están tomados de las traducciones anteriores.

Todas ellas se reimprimieron muchas veces, como puede verse en Brunet.

—*Vita di M. Aurelio Imperadore, con le alte et profonde sue sentenze, notuoli documenti, ammirabili essempli, et lodevole norma di vivere. Novamente tradotta di Spagnuolo in lingua Toscana per Mambrino Roseo da Fabriano*, 1543.

—*Vita, gesti, costumi, discorsi, lettere di M. Aurelio Imperatore, sapientissimo Filosofo et Oratore eloquentissimo. Con la giunta di moltissime cose, che ne lo Spagnuolo non erano, e de le cose spagnuole, che mancavano in la tradottione italiana...* In Vinegia, appresso Vincenzo Vaugris... 1544. Firma la dedicataria Fausto da Longiano.

Hasta veintidos ediciones más en italiano se citan en el *Lexicon Bibliographicum* de Hoffmann (t. I, pág. 193).

—*The Golden Boke of Marcus Aurelius Emperour and eloquent oratour.* (Al fin): *Thus endeth the volume of Marke Aurelio Emperour, otherwise called the golden boke, translated out of Frenche into Englishe by John Bourchier Knight lordes Barners, deputie generall of the kynges town of Calais and marches of the same at the instaint desire of his newwe sir Francis Bryan knight, ented a t*

con una pluma de oro. Ya sabemos que fué hurtado de la misma cámara del emperador y corrió de mano en mano, con universal admiración, mucho antes de imprimirse. «En lo que decis de Marco Aurelio (escribía el chistoso fraile al condestable D. Iñigo de Velasco), lo que pasa es que yo le traduje y le di al César, aun no acabado, y al emperador le hurtó Laxao, y a Laxao la reina, y a la reina Tumbas, y a Tumbas doña Aldonza, y a doña Aldonza vuestra señoría, por manera que mis sudores pararon en vuestros hurtos» (Ep. 38). Las mismas burlas del truhán Don Francesillo de Zúñiga, que llama a Fray Antonio «predicador parlerista» y «gran decidor de todo lo que le parecía», «llamado por otro nombre Marco Aurelio», y le hace preguntar con sorna «si han de creer todo lo que yo digo», prueban lo asentado de su crédito entre los cortesanos a la vez que el poco caso que se hacía de su veracidad histórica.

En Francia, donde el *Marco Aurelio* de la primitiva forma fué reimpresso el mismo año en que apareció en Valladolid el *Relox de Principes* (1), no fué menos estrepitoso el éxito de Guevara, que tuvo, entre otros traductores, uno muy hábil en Herberay des Essar, el mismo que trasladó al francés el *Amadís de Gaula* y otros libros de caballerías. Montaigne, que admiraba poco las *Epistolas doradas*, dice que el *Marco Aurelio* español era una de las lecturas favoritas de su padre (*Essais*, lib. II, cap. II). Brantôme, en la *Damas galantes*, repite los cuentos de Lamia y Flora, con gran indignación de Bayle, que escribe largas notas para refutar a Guevara y sus copistas, o más bien para despa-charse a su gusto en materia tan de su agrado. En las *Historias prodigiosas* de Bouistan, Tessierant y Belleforest (1560), ocupa muchas páginas la historia del villano del Danubio, que antes de ser inmortalizada por Lafontaine ejerció el ingenio de cuatro poetas distintos (2). Todavía las cartas y los tratados del primer Balzac, que pasa por reformador de la prosa francesa en los primeros años del siglo xvii y por el primero que puso número en ella, me parecen un producto de la escuela retórica de Guevara, salvo el mejor parecer de los críticos franceses.

Pero todavía fué más honda y persistente la influencia de nuestro autor en la literatura inglesa del tiempo de la reina Isabel, como recientes investigaciones han venido a demostrar. La imitación de las obras de Guevara, traducidas por cinco o seis intérpretes diferentes, fué uno de los principales factores que determinaron la aparición del

*Caleis y tenth daie of Marche, in the yere of the reigne of our soucraygne lorde kyng Henry the VIII, the XXIIII.*

Fuó reimpresso catorce veces por lo menos en el siglo xvi.

—Traducción alemana de Egidio Albertino, impresa en Munich, 1599 (Vid. Schneider, pp. 89 y ss.). Fué de las más tardías, pero alcanzó siete reimpressiones; la última en Francfort, 1661.

—Traducción holandesa, impresa en 1612 (Vid. Hoffmann).

—*Horologii Principum sive de vita M. Aur. Imperatoris libri 3, de lingua castellana in latinam linguam traducti operâ et studio Joannis Wankelii*. Torgae, 1606. Hay, por lo menos, otra edición.

—*Horologium principum ad normam vite M. Aurelli Severi concinnatum per Johannem Wankelium de lingua castellana in latinam linguam translatum* (Francfort, 1664).

—Traducción armenia por Kapriel Hamuzasbian, Venecia, 1738.

(1) *Libro Aureo de Marco Aurelio, emperador y elocuentissimo orador. Nuevamente impresso. En la triumphante villa de Paris, por Galleot de Prado, librero, MDXXIX*. Un ejemplar de esta rarísima edición, que a juzgar por su título y por su fecha debe de reproducir, no el texto del *Relox de Principes*, sino el primitivo de las ediciones fraudulentas de Sevilla, Portugal y Aragón a que alude Guevara en su prólogo, apareció en las ventas de Seilliére y de Heredia (n. 356).

(2) Fueron, según Brunet, Pedro Sorel, Chartrain, Nicolás Clément y Gabriel Fourmenois. Taine, en su ingeniosa tesis *La Fontaine et ses fables* (pp. 273-286), hace un detenido y brillante análisis de la fábula del villano del Danubio, que Lafontaine parece haber tomado de los *Paralelos históricos* de Cassandre, uno de los muchos compiladores que explotaron el libro de Guevara.

nuevo estilo llamado *euphuismo*. El doctor Landmann sostuvo en un excelente trabajo sobre *Shakespeare y el euphuismo*, publicado por la Sociedad Shakespiriana en 1884, que todos los elementos del estilo de Lily (uso inmoderado y monstruoso de la antítesis, paralelismo entre los miembros de la frase, balanceo rítmico del período y de la cláusula), proceden de Guevara, aunque algunos están modificados conforme al genio de las lenguas del Norte; Guevara, por ejemplo, abusa de las palabras consonantes al fin de los períodos, y sus imitadores ingleses emplean con el mismo fin la aliteración. Añade Landmann que muchas de las ideas y aun largos pasajes de la célebre novela *Euphues, the anatomy of wit*, que dió nombre al género, están tomadas de las obras del Obispo de Mondoñedo, a quien también sigue Lily en el empleo de una historia antigua imaginaria (1). «El *Marco Aurelio* sobre todo (dice J. Jusserand), traducido por Lord Berners en 1532 y por Sir Thomas North en 1537, gozó de extrema popularidad. Las disertaciones morales de que el libro estaba lleno encantaron a los espíritus serios; el lenguaje insólito del autor español encantó a los espíritus frívolos. Antes de Lily, ya varios autores ingleses habían imitado a Guevara; cuando Lily apareció, embelleciendo todavía más aquel estilo, el entusiasmo fué tan grande, que se olvidó el modelo extranjero, y aquel estilo exótico fué rebautizado en signo de adopción y de naturalización inglesa» (2). Gran parte de las dos novelas de Lily están compuestas de epístolas morales imitadas de las de Guevara.

A algunos críticos ha parecido demasiado radical la tesis del doctor Landmann. El joven erudito norteamericano Garrett Underhill, a quien debemos un libro muy interesante sobre la influencia española en la literatura inglesa del siglo xvi, se inclina a no admitir conexión directa entre Lily y Guevara, si bien reconoce semejanzas ocasionales entre el *Euphues* y el *Libro Aureo*, además de las que son debidas a la imitación que Lily hizo del estilo de Pettie, que era un guevarista. Los hubo muy anteriores a él, como Sir Thomas Elyot, embajador en la corte de Carlos V, autor de una *Image of gouernance compiled of the acts and sentences of the most noble emperour Alexander Seuerus* (1540), que es una imitación manifiesta del *Libro Aureo* y se finge como él traducida del griego. El crítico a quien nos referimos dedica un capítulo entero a lo que llama *el Grupo de Guevara* en la corte de Enrique VIII (3). Con este grupo comenzó el estudio de la literatura española en Inglaterra. Las obras del Obispo de Mondoñedo fueron las primeras que se tradujeron e imitaron, sin que haya antes otra cosa que una adaptación de los cuatro primeros actos de la *Celestina*, atribuida a John Rastell. Al frente de los admiradores cortesanos de Guevara figuran el segundo Lord Berners (John Bourchier), a quien llaman algunos «padre putativo del euphuismo», que fué el primer traductor del *Marco Aurelio*, y su sobrino Sir Francis Bryan, que trasladó al inglés el *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*. Uno y otro se valieron de las traducciones francesas, aunque Berners había estado de embajador en España. Las de Sir Thomas North (*Relox de Principes*, *Aviso de Privados*), que pertenecen al tiempo de la reina María, y las de Eduardo Hellowes, que son del reinado de Isabel, están sacadas del original, a lo menos en parte. Es muy interesante saber que la influencia de Guevara empezó a declinar en los últimos años del siglo xvi, sucediendo a sus obras en la estimación del público inglés las de Fray Luis de Granada,

(1) *Shakespeare and Euphuism* (en las *Transactions of the New Shakespeare society*, 1884).—*Der Euphuismus* (Giessen, 1881), y en su edición del *Euphues* (Heillbronn, 1887).

(2) *Le Roman au temps de Shakespeare* (París, 1887), págs. 45 y ss.

(3) *Spanish Literature in the England of Tudors*, pp. 65-84, y por incidencia en otras partes.